

PABLO ARTAZA BARRIOS
SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA
SUSANA JILES CASTILLO
(editores)

A cien años de la masacre de Santa María de Iquique



A cien años de la masacre de Santa María de Iquique	5
Prólogo	7
Capítulo I	
Santa María en la memoria, la prensa y la educación	15
Santa María de Iquique: ¿“deber de memoria”? ¿“abuso de memoria”?	
<i>Pedro Milos</i>	17
La memoria/desmemoria de la huelga de Santa María de Iquique hacia el centenario: el juicio contra Brigg, Olea y Santos Morales por el delito de infracción a la Ley de Reclutamiento Militar (1908-1910)	
<i>Luis Castro C.</i>	31
La prensa oficial, su interpretación del 21 de diciembre de 1907, y la cuestión social (y política)	
<i>Jorge Canales Urriola</i>	39
Las excusas de los verdugos; el 21 de diciembre de 1907 a través de la prensa porteña	
<i>Jury García Ancamil</i>	61
La matanza de la Escuela Santa María y la prensa liberal de Santiago	
<i>César A. Gamboa y Jocelyn K. Maldonado</i>	75
Historiografía social y enseñanza de la historia: distancias, ausencias y sobre todo desafíos	
<i>Alexis Meza Sánchez</i>	91
Capítulo II	
Biografías y semblanzas. Actores sociales y políticos	101
Silva Renard, “ejemplo digno de ser imitado”: razón de Estado y memoria a 100 años de 1907	
<i>Alberto Harambour Ross</i>	103

¿Propaganda por el hecho o venganza personal?: el caso de Antonio Ramón Ramón <i>Igor Goicovic Donoso</i>	121
Los señores del salitre <i>Rigoberto Sánchez Fuentes</i>	139
Pedro Regalado Núñez: un pequeño comerciante activo en la causa popular, 1900-1910 <i>Pablo Artaza Barrios</i>	151
El Partido Democrático y la matanza de la Escuela Santa María de Iquique (1907-1910) <i>Isidora Sáez Rosenkranz y María Francisca Giner Mellado</i>	177
Los anarquistas en la huelga grande tarapaqueña de 1907. Un examen crítico de su supuesto liderazgo <i>Sergio Grez Toso</i>	191

Capítulo III

Historia comparada: Santa María en perspectiva	199
La coyuntura de 1905-1907 y la formación de la identidad obrera <i>Francisco Zapata</i>	201
La huelga/masacre de la Plaza Colón: 6 de febrero de 1906 en Antofagasta. Las lecciones para la historia <i>José Antonio González Pizarro</i>	211
¿Antofagasta dormida? El movimiento social antofagastino frente a la huelga grande de Tarapacá. Diciembre de 1907 <i>Javier Mercado Guerra</i>	241
1907 (Iquique) y 1913 (Valparaíso): debacle y rearticulación. Dos hitos en la historia del movimiento obrero-popular chileno <i>Eduardo Godoy Sepúlveda</i>	253
El repliegue del movimiento social en la víspera del centenario. ¿Solo por una masacre? (Iquique, Coronel-Lota 1902-1909) <i>Michael Reynolds N.</i>	271
La tierra de duelo: cuestión social y cuestión mapuche, 1880-1910 <i>Pedro Canales Tapia</i>	293

Capítulo IV	
Reflexiones en torno a Santa María	313
La coyuntura económica durante la huelga de la Escuela Santa María <i>Manuel Fernández Canque</i>	315
“Vamos, mujer”: el canto épico en la canción popular chilena <i>Mariano Muñoz-Hidalgo</i>	337
Internacional de los trabajadores e internacional de la intelectualidad. Tareas en el Bicentenario para evitar la masacre cotidiana de nuestros pueblos <i>Eduardo Devés Valdés</i>	363
Los discursos prefiguradores de la violencia y las acciones prefiguradoras de la intervención: la encrucijada de 1907 <i>Juan Carlos Yáñez Andrade</i>	371
Las mujeres de la pampa: ¿invisibles o ausentes en la masacre de Santa María de Iquique? <i>Loreto Rebolledo G.</i>	387
Carta a los/as pampinos/as <i>María Angélica Illanes O.</i>	405

A CIEN AÑOS DE LA MASACRE DE SANTA MARÍA DE IQUIQUE

La palabra masacre es terrible, su sola mención estremece. Ahora si ésta ha ocurrido cerca de nosotros, la emoción es difícil de describir.

Quienes crecimos en Iquique incorporamos a nuestra vida la Escuela Santa María, escuchando a menudo las historias que contaban otros niños que en ese entonces estudiaban allí. Estas historias hacían fértil la pródiga fantasía infantil que nos hacía nacer fantasmales imágenes, y al crecer descubrimos que la realidad de lo ocurrido superaba en mucho las infantiles creencias.

Vivir en el desierto más árido del mundo requiere temple y mucha fortaleza, es lo que tenían como la inmensidad del océano hombres y mujeres de la pampa; fue la fuerza que unió a los pampinos permitiendo expandir la huelga como un reguero de pólvora y esperanza, con la convicción de estar luchando por justas demandas y convencidos de que la unidad y la organización eran sus mejores armas.

La esperanza se tornó sangre; la justicia, un sueño; la lucha, en historia, en drama; y más dramático es el riesgo del olvido. Por ello, es motivo de profunda satisfacción la aparición de este libro, donde se recopilieron trabajos seleccionados de manera rigurosa. Así, los historiadores previenen la más grave enfermedad que puede tener una sociedad: el olvido.

El año 2007, al conmemorar los cien años de la masacre, la Universidad Arturo Prat abrió sus puertas en Iquique a historiadores, académicos, estudiantes y a la comunidad, que con sus trabajos y presencia rindieron homenaje a los caídos.

Restando poco para el año 2010, año del Bicentenario, este libro se hace realidad y la Universidad Arturo Prat, que tiene la misión de generar conocimiento a través de sus académicos y, por ende, contribuir a las necesidades de la comunidad, a través del Instituto de Estudios Internacionales (INTE), liderado por el Dr. Sergio González Miranda, contribuye a la memoria y a la esperanza de que las actuales y futuras generaciones conozcan y valoren a esos hombres y mujeres de la pampa que un día creyeron y lucharon por un mundo mejor.

A nombre de la comunidad universitaria, saludamos y valoramos la contribución de quienes con sus interesantes trabajos han permitido hacer realidad *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*.

GUSTAVO SOTO BRINGAS
Rector
Universidad Arturo Prat
Iquique, Noviembre 2009

El Primer Encuentro de Historiadores a noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique, realizado en este puerto en diciembre de 1997, y el Segundo Encuentro efectuado al cumplirse los cien años de la masacre obrera en la Plaza Montt el 21 de diciembre de 1907, fueron, en cierta forma, dos intentos de regresar a ese momento fatídico y completar un ritual inconcluso.

Aunque podamos suponer que los obreros de la pampa y del puerto consideraban la muerte como una posibilidad, por la forma en que ella aconteció hubo actos inconclusos, por ejemplo, quien le bajó los párpados a esos ojos sorprendidos, quien cubrió las bocas ahogadas por el grito que soltó el alma, quien los amortajó, quien les sacó los tacos de los zapatos para que no volvieran sobre sus pasos. Ellos se ofrendaron a las generaciones venideras y éstas deben devolverles el *don* para que se pueda cerrar un círculo de vida. Y, al menos en parte, esa es la labor de los intelectuales presentes en estos encuentros, en esa restauración del *don*. Precisamente es hacer el vínculo con las generaciones futuras: relatar, explicar, interpretar, deconstruir, y un largo etcétera, el suceso de 1907. De ese modo se restituye el sacrificio que realizaron los caídos en la Plaza Montt, para que no sea olvidado y sea comprendido desde todos sus ángulos, sin ánimo de revancha ni de apologías extemporáneas.

Como dice Derrida, el *don* requiere tiempo y da tiempo. “La diferencia del don y cualquier otra forma de intercambio es que da tiempo. Es preciso que la cosa no sea restituida inmediatamente ni al instante. Es preciso (el) tiempo, es preciso que dure, es preciso la espera sin olvido”.¹ Ha pasado un siglo desde entonces y la masacre obrera de 1907 no ha sido olvidada gracias a la labor de artistas, intelectuales, políticos, entre otros sujetos, pero, por sobre todo, debido a que la sociedad chilena en general y la sociedad nortina en particular se han negado a su olvido.

El *don* se diferencia de cualquier otra cosa que se intercambia, porque 1) se da en un lugar (*topos*), 2) da tiempo (“donde hay don, hay tiempo”, dice Derrida), 3) requiere que sea restituido, y 4) tiene un basamento espiritual.

¹ Derrida, Jacques. *Dar (el) tiempo*. I. *La Falsa Moneda*. Barcelona: Paidós Básica, 1995, p. 47.

1) El lugar donde se realizó la ofrenda del *don* en 1907 está claramente identificado: la Escuela Santa María de Iquique y la Plaza Montt, allí quedó señalado para siempre el espacio/tiempo de lo sucedido. 2) De igual modo, el rasgo principal de esta huelga obrera ha sido la capacidad de fijarse en la memoria de la sociedad en todos sus estamentos, como un *habitus*, sin que haya sido necesario que se enseñara en el aula escolar, por lo que el tiempo ha acrecentado su recuerdo hasta transformarlo en un mito. 3) Durante ese tiempo, el recuerdo se transformó en creación; fueron primero los poetas, después los músicos, los dramaturgos, los escritores, los intelectuales, entre otros, los que se inspiraron en esta huelga/masacre para transformarla en objeto de arte y en objeto de emancipación cultural. 4) Un *don* que expresa la vida misma, el sacrificio extremo de lo humano, no puede sino tener un basamento espiritual, por lo que este acontecimiento está muy lejos de ser solo una expresión o reivindicación política.

Esos cuatro aspectos señalados por Derrida como condiciones del *don*, si los analizamos más detalladamente respecto de Santa María de Iquique, veremos que, sea la escuela o la Plaza Montt, no han dejado de ser un lugar con características especiales.

La Plaza Montt con el tiempo se vio transformada en el mercado de la ciudad, donde cada día cientos de personas se dan cita para comprar flores, pescados, frutas, almorzar o beber, como toda Recova de un puerto, una expresión de lo humano y lo cotidiano, como el entorno de la escuela en esa tarde de sábado del 21 de diciembre de 1907. En la Plaza Montt, que era un lugar abierto, había ese día un circo cuyo nombre se confunde con el tiempo, Zobarán, Pacífico u Océano, en cuya carpa se alojaron los huelguistas y se reunieron; fue como un mercado, donde algunas mujeres vendían comida, bolivianas dicen las crónicas; fueron ellas las primeras víctimas.

La Escuela Domingo Santa María, en cambio, siguió siendo la misma, y ello fue un primer acto de memoria. El propio Ministerio de Instrucción Pública se preocupó por los daños que la matanza dejó en la escuela. El 3 de noviembre de 1908, el Visitador de Escuelas de Tarapacá le señalaba al Inspector General de Instrucción Primaria que *“Después de los sucesos de Diciembre del año pasado, el local quedó tan deteriorado que cuesta trabajo mantener el aislamiento con la calle por las planchas de zinc que faltan i los numerosos agujeros que la oscidación ha producido en ellas, necesitando una pronta reparación...”*.

La vieja y deteriorada escuela, a fines de los años veinte, pudo una vez más sacrificarse a sí misma en beneficio de los obreros del salitre y del futuro, precisamente cuando el ciclo del nitrato llegaba a su término y con ello la cesantía. Fue entonces que el presidente Carlos Ibáñez del Campo propuso la construcción de una nueva, la que tenía, entre otros objetivos, el de absorber la mano de obra desocupada por la crisis. Esta nueva escuela, que conservó el nombre de *Domingo Santa María*, ha sido el lugar de la memoria. Las generaciones de alumnos que de ella egresaron siempre supieron de los sucesos que en ese lugar acontecieron. Sus padres, sus profesores o los fantasmas –que todos dicen haber visto o escuchado– se encargaron de comunicárselos o, mejor dicho, de nunca olvidarlos.

Hoy esta escuela enfrenta una polémica por su demolición o su remodelación. Sea cual sea su destino, lo relevante es que siempre exista como escuela, el lugar donde se da el *don*. Sería ideal que se transforme en *monumento*, el que tanto reclama la comunidad de Iquique, pues un pequeño monolito es el único lugar donde se depositan las ofrendas cada 21 de diciembre, no alcanzando a ser el tótem que, sin excepciones, requiere la sociedad iquiqueña.

Por cierto, la Escuela Santa María no fue, en la conmemoración del centenario de la masacre obrera, el único lugar de recordación, también el Cementerio N° 1 fue escogido para un funeral simbólico con los cuerpos de Sixto Rojas Acosta y Patricio Rojas Ramírez, el primero protagonista del movimiento huelguístico y el segundo víctima de los sucesos del 21 de diciembre de 1907. En ese camposanto están también, entre otros, los restos de Pedro Regalado Núñez, comerciante y dirigente de la huelga en el cantón de Negreiros. Sin embargo, el Cementerio N° 2, donde estuvo la fosa común con los muertos de la masacre, ya no existe, la ciudad lo absorbió con sus calles y sus casas. En el Alto San Antonio, el pueblo donde convergieron los primeros huelguistas y desde allí tomaron rumbo al Puerto Grande, fue también lugar de encuentro para algunas organizaciones, como también la oficina salitrera San Lorenzo, desde donde se encendió la primera chispa de ese movimiento social pampino, y la salitrera Santiago Humberstone, Patrimonio Histórico de la Humanidad, que en 1907 se llamaba La Palma y que hoy sintetiza lo que fue la cultura salitrera a los ojos del mundo, incluyendo los principales hitos de su historia, como lo fue la huelga de 1907.

Toda la ciudad de Iquique fue, en definitiva, un lugar de memoria, donde nadie quedó excluido y, por lo mismo, las manifestaciones sociales y culturales fueron muy diversas, transformándose la ciudad en un continente que acogió a todos los venidos desde los cuatro puntos cardinales del país y del mundo, especialmente generada por la diáspora de los pampinos salitreros. Todos ellos buscaron un lugar de memoria donde dejar sus ofrendas, el que debió serlo por antonomasia la Escuela Santa María, pero no estaba en condiciones de recibir las porque había sido nuevamente ocupada, pero esta vez no eran pampinos ni obreros. Fue entonces, una vez más, el pequeño monolito de la calle Amunátegui con Latorre, el “monumento” depositario de las ofrendas y el espacio de encuentro.

Le Goff nos dice que “la palabra latina *monumentum*” está vinculada a mente (*mens*) y memoria (*memini*). Este autor nos dice que el *monumentum* tiende a especializarse en dos sentidos: 1) una obra de arquitectura o de escultura con fin conmemorativo: arco de triunfo, columna, trofeo, pórtico, etc.; 2) un monumento funerario destinado a transmitir el recuerdo de un campo en el que la memoria tiene un valor particular: la muerte.²

² Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Editorial Paidós, 1991, p. 227.